EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 22. MADRID, 15 DE NOVIEMBRE DE 1859. AÑO III.

EL GRAN CAPITAN.

ue «el sobrenombre de *Grande*, como dice Segur, se adquiere con facilidad en tiempos de poco heroismo,» es una verdad probada. Pero Gonzalo Fernandez de Córdova le conquistó en época gloriosa, contra esperimentados guerreros y á costa de innumerables victorias. Nació el 1.° de setiembre de 1452 de don Pedro Fernandez de Aguilar, rico hombre de Castilla y de doña Elvira de Herrera, dama noble de la córte. Se hallaba esta en Segovia cuando Gonzalo se presentó por primera vez en ella. Desde luego se atrajo las simpatías generales por su gallarda presencia, por su genio y modales, por su ingenio, fuerzas y destreza en todo género de armas así á la morisca como á la española, conquistando en breves dias el primer puesto entre los jóvenes mas distinguidos del reino.

A la muerte de Enrique IV estalló la guerra y esta fue la primera vez que Gonzalo empuñó las armas en defensa de su patria. Albuhera le vió distinguirse en la batalla ganada á los contrarios, despues de la cual don Alonso de Cárdenas que la mandaba dió las gracias al jóven Gonzalo por su comportamiento, añadiendo que habia reparado en él durante la batalla por el lucimiento de sus armas y penacho, y por la riza que hacia en los enemigos. Terminada esta guerra y comenzada la que dió por resultado la conquista de Granada pasó á ella de voluntario, obtuvo el gobierno de Alora y luego el mando de una parte de la caballería. Apenas hubo un hecho de armas en que no se encontrase y en el que no diese muestras de valor, actividad y prudencia, prendas que admiradas por los moros le comenzaron á grangear el sobrenombre de *Gran Capitan*. Los Reyes Católicos apreciando debidamente su talento, le confiaron durante esta guerra los primeros cargos, siendo él quien ajustó la capitulacion y rendicion de Granada el 2 de enero de 1492; por tan señalados servicios le hizo merced la reina Isabel de una hermosa alquería y de un tributo que el rey gozaba por la contratacion de la seda. Las distinciones que le merecia diariamente dieron márgen á murmuraciones que hubieran ofendido el honor de tan augusta princesa, si su austeridad y virtud no la pusieran á cubierto de la malevolencia.

Poco tiempo despues de estos sucesos la ambicion de Cárlos VIII, rey de Francia, llevó á los Estados de Italia la guerra y la devastacion, colocándose él mismo al frente de un ejército de veinte y cinco mil hombres. El 24 de mayo de 1495 investido Gonzalo de la dignidad de general, arribó á Sicilia con un pequeño ejército de mil infantes y seiscientos caballos para oponerse á las arbitrariedades del rey de Francia: con este puñado de hombres emprendió las operaciones que en pocos meses le dieron una fama europea por la toma de Reggio, Santa Agueda y Seminara. Mandaba el ejército enemigo el célebre señor de Aubigni, quien al ver los progresos de Gonzalo voló á marchas forzadas deseoso de medir sus fuerzas con las del novel campeon. Fernando de Nápoles rey destronado que acompañaba á Gonzalo, se empeñó en dar la batalla, á pesar de la desigualdad de fuerzas, siendo inútiles las justas observaciones del jóven guerrero. Trabóse la pelea y el resultado fue funesto para el ejército español, siendo esta la única vez que el triunfo dejó de coronar las sienes de Gonzalo. Los hombres que como él deben al cielo las inspiraciones del genio no pueden brillar allí donde deban sujetarse á contrarios pareceres; así que, apenas Fernando, dirigiéndose á Nápoles, le dejó al frente de su pequeño cuerpo de españoles, las operaciones militares cambiaron de rumbo y las victorias se sucedian sin interrupion. Fiumar, Muro, Catania, Bañeza, Cotron, Esquilache, Sibaris y toda la costa del mar Jonio, quedaron bajo su dominio, sin que Aubigni, asombrado de tanta rapidez y estrategia pudiese estorbar los movimiento contínuos con que á semejanza de la guerra que habia hecho á los moros, desbarataba Gonzalo sus premeditadas combinaciones. Faltábale poco para la conquista de la Calabria, cuando habiendo sido llamado por el rey de Nápoles, partió en su socorro venciendo en el camino los obstáculos de la naturaleza y los enemigos que le salian al paso. A su arribo cercó y tomó la plaza de Atela, restableció el poder del rey y volvió á Calabria, en su ausencia ocupada por Aubigni; poco tiempo le bastó para conquistarla de nuevo. Durante estas operaciones fue cuando públicamente le dieron italianos y franceses el nombre de *Gran Capitan*. Su fama llegó al punto que los soldados le seguian sin sueldo y muchas plazas se le rendian sin defenderse.

Pacificado este país, se le ofreció un nuevo triunfo con la conquista de Ostia, plaza que hasta allí se creia inespugnable. Mandaba en ella un pirata desalmado y feroz que tenia aterrados la poblacion y pueblos comarcanos con sus rapiñas y crueldades, llegando la consternacion hasta Roma. Acercóse el Gran Capitan con su ejército, estudió la fortaleza y haciendo en tres dias los preparativos de ataque, dió órden de romper el fuego y abrir brecha. La defensa fue heróica y obstinada, pero los soldados de Gonzalo acostumbrados al triunfo, arrollaron á los sitiados y enarbolaron las banderas españolas sobre los baluartes de la plaza.

Entre las varias obras y manuscritos que hemos consultado para ordenar estos apuntes, hemos visto una crónica inédita del Gran Capitan, contemporánea de este personaje. Refiriendo el sitio de Ostia se aparta de los demás historiadores, pues dice que fue ganada la plaza por un ardid. Se hallaba, segun el cronista, pendiente un escudo de uno de los baluartes y observando el Gran Capitan que los de la plaza no estaban muy alerta, mandó á un soldado, ágil de miembros, que le tomase. Dióse este tan buena traza que lo consiguó, á cuyo ruido salieron á recobrarle los sitiados, que fueron embestidos con gran furia, entrando envueltos con ellos en el baluarte los sitiadores.

Despues de este triunfo, entró el jóven vencedor en Roma al frente de su pequeño ejército de españoles, llevando todos los prisioneros de Ostia y al pirata encadenado. La ciudad eterna no habia presenciado una entrada triunfal con mas pompa y aclamaciones desde los tiempos de su grandeza. De Roma pasó á Nápoles, cuyo rey le creó duque de Sant Angelo, asignándole dos ciudades en el Abruzzo, con siete poblaciones dependientes de ellas, y haciendo mas estimable la dádiva con decir en público que daba esta pequeña soberanía al que se habia hecho digno de una corona. La única plaza que quedaba por los franceses era Diano; púsola cerco y tal fue el acierto de sus disposiciones, que los sitiados pidieron capitular y se rindieron á discrecion. Sujetado el país, regresó á España, donde fue recibido por los reyes con todo el agasajo y distinciones que pueden dispensarse á un general victorioso. Fernando el Católico dijo ante su córte que la conquista de Nápoles era superior á la de Granada.

La paz de que gozaba España se turbó inesperadamente por los moros de las Alpujarras, mal avenidos con

la *obediencia* que se veian precisados á prestar á los Reyes Católicos; y Gonzalo prestó servicios de la mas alta consideracion para reducirles y sujetarles. Otra empresa, sin embargo, de mas entidad se le iba á ofrecer con la segunda espedicion á Italia, donde las cosas reclamaban á toda prisa su presencia. Al llegar á Mesina se unió á la escuadra veneciana para destruir á los turcos, invasores de las islas que la república poseia en los mares de Grecia. Gonzalo puso sitio á la de Cefalonia; envió un mensajero á su gobernador para que facilitándole la entrada evitase el derramamiento de sangre, y este respondió al mensajero con arrogancia: «Decid á vuestro general que cada uno de mis soldados tiene siete arcos y siete mil saetas, con las cuales vengaremos nuestra muerte, ya que no resistamos á vuestro esfuerzo ó á vuestra fortuna», y en muestra de su galantería le enviaron un arco con un carcax dorado. Formalizado el sitio, duró algunos dias, en los que se emplearon todos los medios conocidos entonces para tomar una plaza. Pedro Navarro hizo alarde de su habilidad practicando algunas minas, cuya esplosion lejos de aterrar á los turcos parece que despertaba mas su valor y denuedo. Un dia en que cesaron por algun rato los disparos, entendiendo los cercados que en el campamento faltaban provisiones, enviaron al Gran Capitan, miel, carne, pan y otros comestibles, que fueron recibidos con la mayor cortesía, devolviéndoseles el presente con mayor cantidad de otras varias cosas; por último, Gonzalo ordenó el asalto y fue tomada la plaza con muerte de casi todos sus defensores. Puso sitio despues á Tarento, pero la escasez de recursos y falta de paga para los soldados entorpecian sus operaciones; alborotáronse cierto dia pidiendo á grandes voces que se les pagase, vuelan á la tienda de Gonzalo, y uno de ellos lleno de cólera le pone la pica al pecho. Entonces él la desvía sonriéndose y diciéndole: *ten cuenta no me hieras sin querer*. El tumulto se apaciguó por su industria y Tarento y Manfredonia fueron ocupadas por las armas españolas.

En esta guerra Francia y España habian militado aliadas, con el único fin de destronar al rey de Nápoles y repartir su territorio entre ambas naciones. Gonzalo, pues, se vió en la precision de obedecer á su monarca y mostrarse contrario de Fernando de Nápoles que en otro tiempo habia sido su amigo y defensor. Tan poderosos enemigos no podian dejar indeciso el triunfo muchos dias; el país fue sujetado, ambas naciones iban á repartírsele siendo árbitros el duque de Nemours y el Gran Capitan, sus generales. Toda causa injusta produce *consecuencias funestas* y rara vez *ó nunca* se posee tranquilamente lo mal adquirido. No habiendo sido posible una reparticion amiga y conciliadora, se apartaron los dos guerreros resueltos á fiar á las armas su contienda. El ejército francés era superior al español; así Gonzalo creyó conveniente retirarse á Barleta, cuyo sitio será memorable en la historia por las singulares circunstancias que concurrieron á hacerle famoso. En el campo francés venian ademas de Nemours, Aubigni, Alegre y Paliza, los mas afamados generales de aquel tiempo; en el español Pedro Navarro, Villalba, García de Paredes, Zamudio y otros. Nemours con lo mejor de su gente se puso sobre Barleta con resolucion de rendirla y hacer prisionero al Gran Capitan. El campo era teatro de mil escaramuzas y combates parciales; generales y soldados se conocian personalmente, habian sido compañeros y amigos; así que tan pronto median sus armas en singular combate como conferenciaban apacibles, siempre con esperanza de una compostura y avenencia. Los franceses decian que los españoles les igualaban en la pelea de á pié, mas no así en la de á caballo; para demostrarlo enviaron un mensaje desafiando once franceses á otros tantos españoles. Aceptado que fue el desafío, salieron unos y otros, y despues de cinco horas de combate, no pudo señalarse la victoria por ninguno de los dos campos, y los jueces manifestaron que los primeros habian mostrado mas constancia y los segundos mas esfuerzo.

Mientras duró el sitio de Barleta se propusieron los franceses rendir á Canosa, *donde mandaba Pedro Navarro* con seiscientos españoles, resistiendo en pocos dias catorce asaltos en los que murieron mil franceses, hasta que recibió órden del Gran Capitan para darse á partido, vista la imposibilidad de defenderse mas tiempo. Navarro lo alcanzó tan bueno que salió armado con toda su gente por medio del campo enemigo, tendidas las banderas, tocando instrumentos y diciendo á voces ¡España! ¡España! Salió el Gran Capitan á recibirle mas de una hora de Barleta y le abrazó, dió paz en el rostro y le dijo: *¿qué loor puedo yo dar á vuestras obras que satisfaga lo que ellas merecen*? Al llegar á las puertas de Barleta le cogió de la mano y así entraron juntos, que era la mayor prueba de afecto que podia darle.

Dueños los franceses de Canosa, podian molestar á los nuestros con mas ventaja, por lo que acercándose Nemours con su ejército, envió á decir á Gonzalo que saliese al campo con toda su gente, á cuyo reto contestó: *que él estaba acostumbrado á combatir cuando la ocasion y la conveniencia lo pedian y no cuando á su enemigo se le antojaba; y así que aguardase á que los suyos herrasen los caballos y afilasen las espadas*. Creyó Nemours haber intimidado á los sitiados, y dió tranquilamente la vuelta á Canosa; entonces Gonzalo ordenó su gente y cayó sobre su retaguardia, causándole tanta pérdida como hubiera podido ganando una victoria. La poca gente de que podia disponer no le permitia batirse sino valiéndose de estratagemas y ardides.

Desde la pérdida de Canosa meditaba el Gran Capitan algun golpe de mano para resarcirse de ella. Salió una noche de Barleta, y con la velocidad con que se mueven los soldados españoles, caminó seis leguas hasta caer sobre la plaza de Rubo, defendida por cuatro mil franceses á cargo de Mr. de la Paliza. Al amanecer habiendo llegado la artillería se comenzó á batir el muro, y abierta brecha se precipitaron por ella sosteniendo un terrible combate que duró siete horas, quedando la plaza por los españoles, con toda la guarnicion prisionera, y tambien Mr. de la Paliza. Cuando Nemours supo este suceso, ya Gonzalo habia entrado en Barleta, dejando bien guarnecida á Rubo. Los soldados españoles que durante siete meses habian permanecido en Barleta sufriendo el hambre, la desnudez, y todo género de privaciones, recibieron los despojos de Rubo con aclamaciones, vistiéndose de piés á cabeza, y recibiendo racion entera por espacio de muchos dias. Entre tanto los socorros que el Gran Capitan pedia sin cesar se anunciaban como próximos á llegar á Barleta, procedentes de Manfredonia, en número de dos mil hombres. Salieron á recibirlos Pedro Navarro y Luis de Herrera con alguna gente, y habiendo encontrado en el camino al marqués de Bitonto y al duque Juan su cuñado, que con muchos hombres de armas iban á unirse á los franceses, les acometieron, mataron al duque y prendieron al marqués *con setenta de los suyos. Despues entraron en Barleta con* el refuerzo de los dos mil hombres los prisioneros y los despojos. La peste y la falta de víveres hacian imposible, sin embargo, la permanencia del Gran Capitan en esta plaza, y así el dia 27 de abril de 1503 salió con todo el ejército dirigiéndose á Cerinola. Aconteció en el camino que prendiéndose la pólvora voló toda con gran esplosion, si bien no causó desgracia alguna. Fué un soldado á noticiar esta nueva á Gonzalo diciéndole, que eran perdidos, pues no tenian pólvora para la artillería, á lo que le contestó: *muy al contrario, esas son luminarias por la victoria, que la artillería lo mas servia de ruido, y que este no faltaria al romper de las lanzas con los enemigos*.

Durante la marcha vino á reunírseles un duque italiano, que atraido por la fama de los españoles, deseaba ayudarles en sus empresas y cuando los vió rotos y destrozados se acercó á Próspero Colona y le dijo: ¿estos son los españoles de quienes me habeis hablado? y Próspero contestó; *señor duque, no conoceis esta gente como yo los conozco; así caminarán descalzos y sin comer un año si fuese preciso y llegado el momento de pelear los vereis echarse al enemigo como leones*.

Despues de una penosa marcha llegó Gonzalo á Cerinola con su pequeño ejército, compuesto de cinco mil quinientos infantes y mil quinientos caballos. Dispuso su campo en el declive que forma el cerro sobre el cual se asienta la poblacion, y fortificándole apresuradamente, pues el enemigo venia ya encima, dividió la gente en tres escuadrones y esperó abismado en mil pensamientos por el éxito del combate, del cual dudaba por el cansancio y fatiga que habian sufrido aquel dia sus soldados. Viéndole García de Paredes, *«para ahora, señor*, le dice, *es necesaria la firmeza de corazon que siempre teneis; nuestra causa es justa: la victoria será nuestra y yo os lo prometo con los pocos españoles que aquí somos.»* Gonzalo estrechó la mano á su amigo y esperó tranquilo á los franceses.

Venia Nemours con toda su gente, deseoso de coger á los españoles á campo raso. Mr. Alegre fue de opinion que se debia atacar al instante sin ser inconveniente la noche que empezaba á caer. Hízose la señal y trabóse la pelea mas obstinada, defendiendo unos y otros el terreno palmo á palmo. Nemours al frente de un lucido escuadron acomete lanza en ristre y cae muerto de un arcabuzazo, disparado por los soldados de Paredes. Alegre y los príncipes de Melfi y Bisiñano se ven envueltos por todas partes y son rotos apelando á la fuga en el *mayor desórden. Próspero Colona avanza con sus soldados* por el campamento enemigo, tropieza con la tienda de Nemours, halla dispuesta la cena y se sienta á la mesa tranquilamente.

La ventajosa posicion en que habia sabido colocarse Gonzalo contribuyó á que sin gran daño pudiera causar estrago en los contrarios, de los cuales murieron cuatro mil, quedando mil prisioneros.

Al dia siguiente se halló en el campo el cuerpo de Nemours, á cuya vista vertió lágrimas el Gran Capitan, trayendo á su memoria los tiempos en que como aliados y amigos, jóvenes ambos, habian soportado alegremente los trances y fatigas de la guerra. Dió órden á Tristan de Acuña para que trasladando su cuerpo á Barleta, hiciese su enterramiento con gran pompa y magnificencia, y así se verificó en la iglesia de San Francisco de dicha villa.

En muchos autores se halla consignado que el incendio de la pólvora fue durante la accion, pero la crónica contemporanea de que hemos hecho mérito, refiere que fue como queda dicho.

El triunfo de Cerinola hacia dueño al Gran Capitan del reino de Nápoles; así que dirigiéndose á esta ciudad entró en ella y la hizo jurar obediencia al rey de España. Quedaban empero los dos castillos, bajo cuyas ruinas habian jurado sepultarse los franceses que los guarnecian. El primero que atacaron fue Castelnovo. Pedro Navarro, el hábil minador, llegó con una asta debajo de la muralla, y habiendo intimado la rendicion, la que fue despreciada, pegó fuego y ocasionó una gran esplosion, viniendo abajo parte de la muralla, en la que quedó una brecha abierta. Los soldados y los capitanes se disputaron al momento el honor de arrostrar el peligro los primeros, y cupo esta gloria á Nuño de Ocampo, natural de Zamora, que armado de punta en blanco se *adelantó hasta ponerse sobre la brecha*, resistiendo el fuego de la artillería por gran rato, hasta que se tomó el castillo con muerte de cuatrocientos franceses. García de Paredes y Zamudio tomaron despues el otro castillo, auxiliados tambien por Navarro.

Los restos del ejército francés se habian recogido en Gaeta mandados por Alegre. La posicion y fortificaciones de esta plaza la hacian casi inespugnable, y siendo inútil el asedio mientras no hubiese fuerzas de mar, se desistió de la empresa, preparándose Gonzalo para recibir á un ejército frances de treinta mil hombres que entró en Italia á reconquistar sus posesiones. A su campo llegaron tambien algunos refuerzos de gente, pero siempre fue su ejército tan inferior en número al de los franceses, que no pasaba de la mitad.

Trataban los contrarios de pasar el Garellano, confiados en que hecho esto, todo el país hasta Nápoles quedaria por suyo fácilmente. Gonzalo asentó sus reales al otro lado á pesar de la desventaja que le ofrecia la orilla mas baja y pantanosa, pero *en la manera de disponerle se parecia á Belisario, que convertia su campo en una fortaleza*.

Construyeron los franceses un puente de barcas, y entre las varias veces que lo intentaron pudieron saltar un dia á la orilla opuesta y sujetarle, ganando seguidamente un bastion en que los nuestros se defendian. Llega esta noticia á oidos del Gran Capitan, monta á caballo y se lanza sobre los franceses con gran furia seguido de sus mejores cabos y soldados. Todo el ejército contrario vino sobre el puente y allí se travó la pelea mas encarnizada. Compañías enteras eran barridas por numerosas descargas de artillería, hasta que retrocedieron los franceses, quedando el puente por los españoles. Aquí tuvo lugar la hazaña del alférez Hernando de Illescas, que habiéndole llevado una bala de cañon la mano derecha, cogió la bandera con la izquierda, y llevada esta tambien de otra bala, se abrazó con la insignia y permaneció en su puesto hasta que fue ganado el puente. Los franceses no pudiendo vengarse en otro su descalabro, revolvieron contra su general el marqués de Mantua y le echaron de su campo y dieron el mando al marqués de Saluces.

Estaban ya á 5 de noviembre; las continuas lluvias engrosaron el rio que entraba en el campo de los españoles, sin que bastasen á evitar este contratiempo los maderos y faginas con que le reparaban. La escasez de víveres era grande y las enfermedades se multiplicaban. Muchos de los principales capitanes se presentaron á Gonzalo indicándole la necesidad de retirarse á Capua. *Gran cosa es, señores*, les dijo, *que no teniendo vosotros miedo me lo pongais á mí; yo soy de parecer que antes debemos ganar dos pasos adelante aunque sea para mi sepultura, que tornar otros dos atrás para mi salvacion*. Nadie le volvió á hablar sobre esta materia

Dos dias despues enviaron los franceses *á pedir batalla* al Gran Capitan para el dia siguiente y este les contestó: *que era contento, y que él jamás sabia negar lo que le demandaban y que menos lo haria agora á tantos señores, y que les empeñaba su palabra de no acometerles hasta que hubiesen pasado el rio con toda su artillería, y que aun entonces les haria preguntar si habia mas que hacer y diciendo que no, cada uno haria lo que Dios le diese á entender*. Tan corteses palabras hicieron desistir á los franceses de su propósito; pero Gonzalo, que habia meditado su plan de ataque, hizo construir un puente cuatro millas mas arriba, lo *pasó de improviso y cayó sobre los contrarios* cuando menos le esperaban; desordenados con la sorpresa, no pudieron defender el paso de su puente por Fernando de Andrade, así es que se vieron envueltos y embarazados con su misma artillería y pertrechos y huyeron desordenados hácia Gaeta. Envia el Gran Capitan un escuadron que les sale al encuentro y les detiene, trabándose otra vez la refriega mas sangrienta. La sorpresa y el terror embargan á los franceses y no aciertan á defenderse, y Saluces dando el ejemplo apela á la fuga y queda el campo cubierto de despojos, banderas, artillería, etc. La célebre rota del Garellano concluyó con el ejército mas boyante y numeroso que habia visto Italia en muchos años; fue debida esta victoria á la constancia, inteligencia y bravura del Gran Capitan, cuya celebridad llegó entonces á su apogeo.

Saluces, con la poca gente que pudo seguirle, fue á encerrarse en Gaeta donde presentándose Gonzalo al otro dia, hizo desistir de la defensa, pues al dar la órden para el asalto, se rindieron á discrecion *desfilando los franceses, desmontados los caballeros, y doblada la punta de la espada los infantes*; pero el Gran Capitan, para consolar á los franceses de esta humillacion, los trató con la mayor cortesía, no permitiendo que fuesen despojados de sus ropas y alhajas.

Todo el territorio quedó por el rey de España. El jóven conquistador regresó á Nápoles y fue recibido en triunfo, admirando en él al general mas justiciero, clemente y grande de su tiempo, comparable solo á los Temístocles y Alcibiades. Premió á la gente principal de su ejército con grandes mercedes, dando á don Diego de Mendoza el condado de Melito, el de Oliveto á Navarro y á Paredes el señorío de Colonela. Estas dádivas que mas parecian de soberano que de súbdito, acabaron de exasperar al rey Católico, que siempre miró con torvo ceño las glorias de Gonzalo. Sus caracteres eran opuestos, el primero astuto, suspicaz y reservado, el segundo, liberal, espléndido y magnífico; así era imposible la avenencia; la sinceridad estaba siempre lejos de todos los acuerdos del rey, referentes al ilustre capitan, que pagaba su falacia conquistándole reinos y colocando su infantería á par de la de Alejandro de Macedonia.

La muerte de la Reina Católica, constante protectora de Gonzalo, ponia á este á merced de un rey cavilóso, dispuesto siempre á dar crédito á cuantas calumnias esparcian en su daño los numerosos enemigos que tenia en la córte; mandóle, pues, presentarse en ella y antes de que el héroe pudiera dar cumplimiento á tal mandato, impaciente el monarca, temiendo injustamente una desobediencia se embarcó para Nápoles, y hallóse con el Gran Capitan cerca de Génova, en camino ya para España. Las muestras de respeto con que se presentó al monarca, calmaron el enojo de este y colmándole de elogios y honores le llevó consigo á Nápoles. Sin embargo, sus émulos siempre dispuestos en su daño, hicieron que los tesoreros y veedores del ejército se presentasen al rey, pidiendo le residenciase por la inversion de los caudales consumidos durante la guerra. Dió Fernando asenso á esta demanda, y viéndose Gonzalo alcanzado en grandes sumas, pidió que se esperasen un dia á fin de poder arreglar las cuentas. Presentóse efectivamente ante el monarca y sus acusadores, dando principio á la lectura de las partidas de este modo:

Doscientos mil setecientos y treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas del rey.

Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías.

Continuó leyendo otras partidas tan enormes y estrañas que los circunstantes soltaron la risa, y el rey mandó que no se le volviese á hablar mas del asunto, comprendiendo la dificultad de rendir las cuentas de un ejército al cual por las circunstancias especiales que concurrian para su formacion y por la guerra singular que sostuvo durante algunos años, no podia exigírsele la regularidad y exactitud que á otros. Este hecho que parece fabuloso, es ciertísimo y la tradicion lo ha conservado hasta nuestros dias, pasando á ser proverbio las cuentas del Gran Capitan. Cuantas personas visitan el archivo de Simancas, donde se custodian los documentos de aquellos siglos, solicitan ver dichas cuentas, pero lo único que allí existe y se les enseña, son las listas de revista y demás documentos justificativos del ejército del Gran Capitan durante las guerras de Nápoles. El vulgo atribuye tambien á las célebres cuentas aquellas partidas:

Palas, picos y azadones, diez millones
Estopa, resina y pez, otros diez.

Lejos Gonzalo de mostrarse avaro de bienes de fortuna, repartia entre los soldados durante la guerra la parte de botin que, segun las leyes y costumbres de aquel tiempo, correspondia de derecho al vencedor, y llevó á tal punto su liberalidad, que viendo á Fernando en el mayor apuro por la escasez de rentas en Nápoles para sostener aquel Estado, cedió en beneficio de la corona el ducado de Sant-Angelo con todas sus dependencias, dádiva que habia merecido al rey Federico. Fernando, admirado de su generosidad, le dió el ducado de Sesa para sí y sus descendientes.

Arregladas las cosas de Nápoles, dió el rey Católico la vuelta á España, trayéndole en su compañía. Luis XII, rey de Francia, que hasta entonces habia sido rival implacable del rey Católico, allanadas sus desavenencias, se avistó con este monarca en Saona, donde se celebraron grandes fiestas para solemnizar su reconciliacion y buena armonía. Nadie lució como Gonzalo ni fue mas honrado por los reyes: el de Francia le sentó á su mesa y quitándose una cadena que llevaba al cuello, se la puso con sus propias manos.

En llegando á España fue recibido con aclamaciones por todos los pueblos del tránsito hasta Búrgos, en cuya ciudad permaneció hasta que las desavenencias con el rey, atizadas por sus enemigos, le obligaron á retirarse á Loja. Algunos años adelante triunfaron los franceses de los españoles en Rávena y entonces se pensó enviar á Gonzalo para recobrar lo perdido. Aprestóse el ejército, pero pronto á hacerse á la vela, mejoraron las cosas de aquellos paises y se mandó suspender su marcha. Esta novedad le llenó de luto y repartiendo la mayor parte de sus bienes entre los soldados, pidió licencia para retirarse á sus Estados de Terranova, pero Fernando le negó tambien este último consuelo.

Enfermo y casi moribundo, se hizo conducir en andas por los contornos de Granada, buscando en la mudanza de aires y en los gratos recuerdos de otra edad un corto alivio á sus padecimientos. Por fin el dia 2 de diciembre de 1515 falleció en dicha ciudad despues de una lenta y pesada agonía. Vistióse el rey y la córte de luto, haciéndose sus honras en la capilla de palacio y en todo el reino. Fue depositado en la iglesia de San Francisco y trasladado despues á la de San Gerónimo donde se conservan sus preciosos restos. Adornaron su túmulo doscientas banderas y dos estandartes reales ganados por él en batallas campales, en las que segun un escritor contemporáneo murieron catorce mil seiscientos treinta y seis franceses. Era alto de cuerpo, el rostro aguileño, los ojos grandes y rasgados, blanco, las mejillas algo coloradas, los miembros rectos y bien proporcionados, generoso y liberal muy cumplidamente; nunca menospreció las palabras y pareceres aunque fuesen de bajas personas, era sagaz, afable, cortés y humil le no atribuyéndose á sí los buenos sucesos, sino á Dios; de pocas palabras y muy esquivo de las cosas vergonzosas, enemigo de todo el que faltaba á su palabra y por lo tanto esclavo de la suya, tenia manera admirable para convertir los acontecimientos tristes en señales de victoria y placer; recibia á sus soldados en audiencia siempre que lo pretendian, tenia tal dulzura en su voz que cuando hablaba imprimia las palabras en los corazones de los que le oian. Cuando salia cabalgando por la ciudad de Nápoles dejaban todos de entender en sus oficios y negocios por contemplarle atentamente: *jamás*, como dice el citado cronista, que le vió y habló varias veces, *nació hombre tan perfecto en cuerpo y en alma*.

Cuéntanse de él varios rasgos de liberalidad. Siendo mancebo y hallándose ausente de su hermano don Alonso de Aguilar, le envió á pedir dinero para sus gastos. Vino un criado de parte de este á traérselo; y como Gonzalo viese que la suma no le alcanzaba para un dia, la recibió cortesmente y quitándose una cadena que valia doscientos ducados el doble de lo que le enviaban se la dió por gajes al criado. Escribióle don Alonso reprendiendo su estremada liberalidad y contestó Gonzalo con aquella célebre frase: *ó César ó nada*.

Diego de Salazar que militó gloriosamente bajo las banderas de Gonzalo, en su precioso libro *De re militari* escribe: «Su nombre no vendrá jamás á mi memoria, que con lágrimas no sea por mi recordado, habiendo conocido en él aquellas partes que en un espléndido señor y buen amigo de sus parientes y amigos y servidores se pueden conocer; porque yo no sé qué cosa pudiese tener, siendo suya, sin reusar aun la vida que de buena voluntad por sus amigos no pusiese; y no sé ninguna gran empresa que le oviese espantado de emprenderla cuando en ella oviese conocido el servicio de su rey, ó bien de la patria. Yo digo libremente no haber hallado entre cuantos hombres he conocido y conversado otro de mas encendido ánimo á las cosas grandes y magníficas.»

La memoria del Gran Capitan será eterna en los fastos de la historia por muchos conceptos. Sus hechos admirarán siempre á la posteridad; y nadie como él pudo repetir al espirar aquellas palabras de Pericles. «Mis victorias son obra de la fortuna y del valor de mis soldados y compañeros; el mérito que mas me honra, es que ningun ciudadano ha vestido luto por causa mia.»

Suponen algunos historiadores que el Gran Capitan nació en Montilla, pero otros con mas visos de verdad aseguran que su patria fue Córdoba, y el historiador de esta ciudad Andrés de Morales, refiriéndose á los padres de Gonzalo, dice: «vivian estos señores en aquellos tiempos en las principales casas que poseen en Córdoba, cerca de San Hipólito, en el barrio que llaman Trascastillo, y en ellas nació don Gonzalo, para tan gran honra de su patria.» Estas casas, sin respeto á la *memoria de tan insigne personaje, fueron demolidas* en 1852, destinándose á paseo público aquel sitio.

Los que duden acerca del punto en que nació el Gran Capitan, pueden ver una carta escrita por él mismo al ayuntamiento de Córdoba desde Nápoles á 9 de agosto de 1504, en la cual se lee: «*Muy magníficos señores: Hallándome hijo de esa muy noble patria, de donde mi origen y naturaleza proceden*, etc.»

Innumerables historiadores de varios paises consagran justos elogios al Gran Capitan. Zurita en sus *Anales de Aragon* le retrata de un solo rasgo. *No fue inferior*, dice, *á Aristides en Roma, ni á Scipion africano, y murió como ellos á manos de la ingratitud.*»

Manuel Juan Diana.

MULEY-ABD-EL-RAHMAN.

Cuando despues de largas y porfiadas luchas, venciendo las civiles guerras que destrozaban el imperio de Marruecos desde la muerte de Sidi-Mohamed, parecia que el docto y valiente Muley Soliman, podia gozar tranquilamente de su disputado trono, y vencedor de Muley-Said entraba triunfante en Marruecos, la muerte que nada respeta señaló en el cuadrante de la vida su última hora, y á los pocos dias de su triunfo, el 28 de noviembre de 1822, dejaba de existir, y cumpliendo la promesa que habia hecho á su hermano Muley-Hicem de mirar por sus hijos, premiando á la vez su fidelidad y buenas prendas, nombraba por sucesor en el imperio á su sobrino Muley-Abd-el-Rahman.—De ilustre genealogía el nuevo soberano, como el treinta y tres de su raza que ejercian la soberanía en la antigua Mauritania Tingitana ó en el moderno *Mogreb-el-aksa*, habia nacido en el año de 1778 y tenia cuarenta y cuatro años cuando sucedió á su tio en el trono. Conocido entre su pueblo con los numerosos apelativos de Muley-Abul-Fald-Abd-el-Rahman-ben-es-Sultan-Muley-Hixem, hallábase de gobernador en Suira ó Mogador, donde recibió la noticia de la muerte de su tio y de su exaltacion al poder. En el momento se dirigió á la ciudad de Fez, donde y en la parte mas alta que llaman Fez el viejo, separado de Fez el nuevo por el rio de las Perlas, se habia hecho fuerte Muley-Said con algunos de sus parciales, todavía con esperanzas de conquistar el imperio. Abd-el-Rahman demandó la ayuda de todos sus vasallos que, respondiendo satisfactoriamente á sus deseos, le formaron un poderoso ejército, con el cual llegó hasta cerca de Fez el viejo, siendo recibido con salvas de arcabuces y loco entusiasmo aclamándole todas las tribus y kabilas como Amir-el-Mumenin de todo el Mogreb. Muley-Said al verse abandonado hasta de sus mas fieles compañeros, entregóse á la clemencia de Abd-el-Rahman; y no lo hizo en vano, pues ademas de obtener el perdon del legítimo sultan, le cedió este una crecida renta sin mas obligacion que la de no poder salir de Tafilete, donde en breve acabó sus dias.

No era, en verdad, el imperio de Marruecos aquella importante comarca de los sectarios de Mahoma que en mas felices tiempos habia recibido respeto y tributos de las potencias europeas. Durante los largos años de la civil guerra las fortificaciones destruidas, rotas las armas, inútil la marina, la poblacion diezmada, Marruecos ofrecia tristísimo espectáculo reducida á la condicion de los débiles. Sin embargo de tan desfavorables circunstancias, Abd-el-Rahman que dilataba su mirada por mas anchos horizontes que sus antepasados, se ocupó en ampliar sus relaciones con las naciones europeas, restablecer la marina, organizar su ejército y levantar, en una palabra, el imperio del estado de postracion en que yacia. En vano como recuerdo de los pasados disturbios promueven sus soldados disensiones, y el impostor Mahajadí se presenta como el Mesías prometido por el Profeta, y la valerosa Mariam alza tambien fanática enseña; Abd-el-Rahman tan altivo y enérgico como clemente y político, destruye en breve todas aquellas conspiraciones, dedicando en seguida su atencion toda entera á otro asunto de vital importancia para la suerte de su imperio.

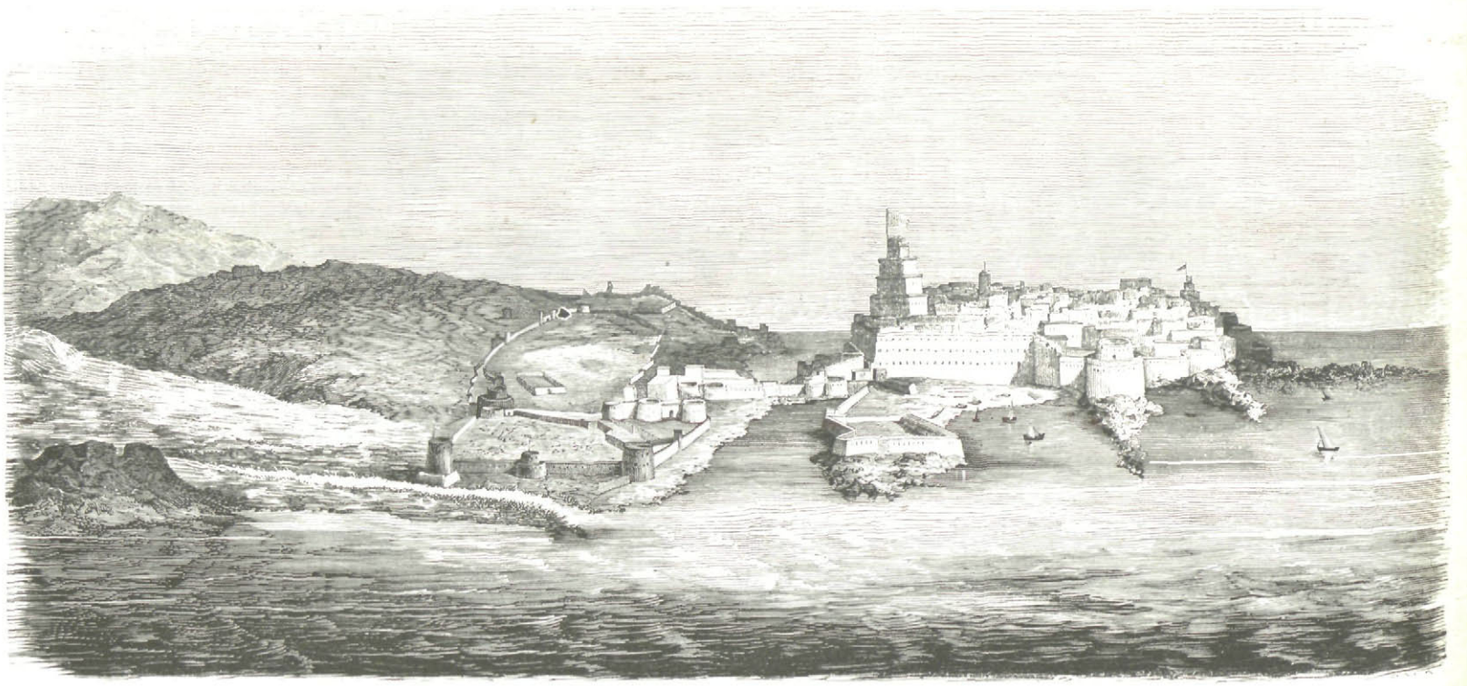
Las victoriosas armas de los ejércitos franceses se enseñoreaban en la regencia de Argel, y estendiéndose con poderoso empuje por todos los vastos territorios de ella, llegaron á inspirar serios temores al emperador de Marruecos; si en un principio pudo mirar hasta con agrado el desastre de Argel, que nunca fueron sus leales amigos los argelinos, cuando los vió tan cerca de sus fronteras, comprendió el peligro que corria la interioridad de su territorio; y estrechando los lazos, que el interés de Inglaterra tenia formados con el imperio aparentando el carácter de potencia neutral, fiel á las indicaciones de la política inglesa, dió fácil paso por sus Estados á las armas y municiones que con su hipócrita máscara de mercaderes, enviaban sin cesar los de Albion á los infatigables argelinos. Pero el celoso musulman que parecia con un valor digno de mejor causa desafiar todo el poder de la vecina Francia, fue vencido. Hubo un dia en que Abd-del-Kader, vencido y en triste retirada llegó hasta los linderos de Marruecos, y ya fuese que el poderoso estímulo de una guerra de religion inflamase el entusiasta espíritu de las tribus marroquíes, ya que Abd-el-Rahman celoso de la importancia que á su vista tomaban los franceses deseara destruirlos, declaró la guerra santa, y predicada por todos los ámbitos de sus dominios, bien pronto puso en pié de guerra un poderoso ejército, con el cual comenzó las hostilidades despues de algunas conferencias de paz que mas parecian estériles formalidades para ganar tiempo, que amistosas negociaciones.

Con repeticion atacan las armas del emperador, á las menores pero disciplinadas tropas francesas, y así en el combate de las llanuras de Uchda, como en las orillas del Vad-Mailahs, la táctica y pericia triunfan del valor impetuoso, demostrando una vez mas la superioridad del arte de la guerra sobre el desordenado arrojo, abandonado á sí mismo. Como el último combate hubiera sido provocado traidoramente por las tropas del sultan, á tiempo que el gobernador francés de Argelia, el mariscal Bugeaud, se dirigia á una entrevista convenida con el caid Alí-el-gnaui para tratar de las paces, el general francés pidió satisfaccion cumplida de la traidora emboscada, dilatándose la respuesta con ambiguas contestaciones, que en vez de tener por objeto terminar pacíficamente tan desagradables diferencias, envolvian el oculto fin de ganar tiempo. Efectivamente, mientras las notas diplomáticas se cruzaban hacíanse en el imperio grandes preparativos de guerra, y ayudado el sultan Muley-Abd-el-Rahman por su primogénito Muley-Mohamad, levantáronse considerables levas, apellidó toda la tierra del Oeste, la cual mandó numerosos escuadrones de su impetuosa caballería, predicóse con nueva insistencia el algieb ó guerra santa, repartiéronse armas á toda la muchedumbre, abrióse el tesoro imperial no tocado en mas de un siglo, y despertando los celos del leopardo inglés, la asutacia del emperador, hacia que aquel estado dirigiese notas al gabinete francés,

pero que aclarase sus intenciones, hasta que viése este obligado á declarar solemnemente que no conservaria nada la Francia de cuanto á consecuencia de la guerra pudiese conquistar en Marruecos. Llegó el dia en que terminaron los plazos concedidos por el mariscal Bugeaud, para que le fuesen dadas las justas satisfacciones que tenia pedidas, é invadido el territorio marroquí por las tropas francesas, como si aquella fuera la señal de lanzarse al combate, mandó el sultan su poderoso ejército á la frontera al mando del príncipe heredero, y en calidad de tenientes los caudillos de tribus Beni-Amri, Ben-Uda, y Havasis. Rotas, completamente las negociaciones, la escuadra francesa al mando del príncipe de Joinville, bombardeó, destruyendo sus fortificaciones, á Tánger, y despues de ganar la isla que casi cierra la entrada á Mogador, fuertemente defendida por baterías marroquíes, ganóse igualmente la ciudad dejando en ella fuerte guarnicion francesa, la cual tuvo que impedir el saqueo de las kabilas que habian acudido á defenderla, y que igual conducta observaron en Tánger.—Mientras esto acontecia en la costa, el sultan que tenia toda su confianza en el ejército de tierra, preparaba el golpe mortal para los franceses, atacándolos por todos lados con inmensa infantería en las montañas de Uchda, y cayendo en la llanura de Tremecen sobre ellos con el enjambre de su impetuosa caballería, envolviéndolos en sus precipitadas cargas: contando desde luego con la victoria, de allí trataba de dirigirse á todas las plazas tomadas por los de Francia, llegando en sus ambiciosos planes á proyectar el bloqueo y sitio de la plaza de Argel. Pero los hábiles planes del mariscal Bugeaud destruyeron los del musulman. El dia 13 de agosto de 1844 en los valles del Isly con una desproporcion de fuerzas que escedia en favor de los marroquíes en dos terceras partes, presentó la batalla el jefe francés cerrados en cuadros sus aguerridos batallones, con artillería en los ángulos, tiradores de avanzadas, piezas de montaña en las colinas y la escasa caballería en espectativa de la pelea. Oigamos como describe este memorable combate el concienzudo historiador y escelente hablista don Antonio Cánovas del Castillo. «Al llegar la caballería marroquí fue detenida un tanto por el fuego mortífero de los tiradores avanzados: no obstante siguen la carga los ginetes mas esforzados, y algunos llegan á tocar las líneas de los tiradores; pero estos se arrojan repentinamente en el suelo, y los frentes de los cuadros abren entonces el fuego de su terrible fusilería. De cuando en cuando la artillería de los ángulos salia algunos pasos adelante, y lanzaba de muy cerca la metralla sobre aquellas apiñadas masas de caballería. Sostuviéronse valientemente los marroquíes por algun tiempo; pero era inútil: caian los mas valientes, y cada instante se señalaba con horribles pérdidas entre sus filas. Entró el desórden, y al fin comenzaron á desbandarse por uno y otro lado. Bugeaud, que en el ínterin estaba acañoneando las colinas, en cuya cima se miraba á Muley-Mohamed, que desde allí dirigia la accion, viendo el desconcierto de la caballería enemiga, vuelve contra ella sus cuatro piezas de montaña, y cogiéndola entre dos fuegos acaba de ponerla en fuga. Entonces la caballería francesa carga por tres puntos á un tiempo y completa la derrota. Los que fueron por el centro tomaron las colinas, y arrojándose en seguida sobre el campamento, se apoderaron de él á pesar de la desesperada resistencia de sus defensores. Los de los costados, hallando partida en dos la caballería enemiga, fácilmente pudieron arrollarla. Muley-Mohamed llama á sí los fugitivos, y logra formar todavía á la izquierda del Isly gruesos escuadrones; algunos cuerpos de caballería francesa que se adelantaron demasiado se encontraron gravemente comprometidos; pero los vencedores avanzan; su artillería vuelve á lanzar la metralla sobre los desalentados contrarios, su caballería amaga una carga, y entonces sin mas poderlos contener el príncipe, se pone en desordenada retirada todo el ejército marroquí, los unos hácia las montañas, los otros por el camino de Theza.» Tan terrible derrota hubiera puesto miedo en ánimo menos esforzado que el de Abd-el-Rahman. Pronto se preparó para nuevas luchas, y si las paces pedidas por Francia no hubieran interrumpido sus aprestos, en breve habríanse vuelto á ver numerosos ejércitos con no menos entusiasmo y ardimiento que los anteriores, dispuesto, á lanzarse á la pelea, sin embargo de que bien conocia el sultan no podia contar con la ayuda de los ingleses. Las paces fueron firmadas en el otoño del mismo año, y evacuada Uchda por los franceses, el emperador á su vez se comprometió á internar á Abd-el-Kader y á no hostilizar á la Francia.

EL GRAN CAPITAN GONZALO DE CORDOVA.

Dinamarca, Suecia y Holanda, tratan al mismo tiempo de eximirse del pago de sus tributos, y toman actitud imponente dispuestas al parecer á recurrir á las armas; pero la constante protectora de Marruecos por sus interesadas miras, Inglaterra, se hizo árbitra en aquellas cuestiones, y con su mediacion se firmaron amistosos tratados. España repetidas veces ha hecho reclamaciones durante el reinado del último emperador, pero débil hasta un vergonzoso estremo cuando asesinaron á nuestro vice-cónsul, Víctor Darmon en 1855, no muy enér-



VISTA DE MELILLA.

gica en las recientes ofensas del ayudante Alvarez, fue mirada por Abd-el-Rahman, con aparente respeto pero sin gran importancia, juzgando que la mediacion inglesa era para nuestra patria el mejor lenitivo de cualquier ultraje.

En 1851, algunas tribus de Salé robaron un buque francés y atropellaron la casa del cónsul, lo que produjo el bombardeo de aquel punto y su destruccion por una escuadrilla francesa, al mando del almirante Dubourdieu, sin que los de la vecina plaza de Rabatt tratasen de auxiliar á sus hermanos, y Abd-el-Rahman preparóse para la guerra, que pronto tambien quedó en suspenso para volver á comenzar casi al tiempo de la muerte del emperador marroquí.

Los primeros amagos de la española guerra aun alcanzaron los dias del sultan último que despues de ochenta y un años de vida y treinta y siete de reinado, falleció de enfermedad natural en agosto último.

Abd-el-Rahman, gozó siempre fama de entendido político y no vulgar conocedor de la literatura arábiga. Fue de carácter afable y llano, cualidades no muy comunes en los monarcas de aquellos países: introdujo algunas reformas en la administracion y cobranza de las contribuciones; organizó su ejército imitando las prácticas europeas, y en suma, puede decirse que ha sido uno de los mejores emires de Marruecos. Tuvo dos mujeres, una de ellas hija de Muley Soliman, y tres hijos de los cuales el primogénito Mohamed, el que mandó en la batalla de Isly, y que en el año de 1852 quedóse mudo, recobrada la palabra, ocupa hoy el solio del Mogrebd el-aksa.

El hijo de Abd-el-Rahman, va á entrar en batalla con los ejércitos españoles. Que no olvide el desastre de Isly.

España ha comprendido al fin que el Atlas debe ser su frontera.

Alla van sus soldados.

Dios los proteja. ***

TANGER.

A doce millas del cabo de Espartel y á la falda de una cordillera que empieza cerca del rio de los Judios y se adelanta hasta una espaciosa ensenada en la punta septentrional del Africa y en la parte mas angosta del Estrecho de Gibraltar, se levanta la ciudad que en lo antiguo se dijo Tangia por los moros, y Tingis por los romanos, capital de la Mauritania tingitana, llamada durante el imperio Julia Traducta y hoy con el nombre de Tánger, poco diferente del que tuvo en un principio.

De la antigua Tangia, de fundacion remotísima se descubren aun muchas ruinas al estremo de la bahía, no lejos de la desembocadura, hoy cegada del rio Tingia. La moderna Tánger, cuya vista damos en este número, está situada tres millas mas al Poniente en la punta occidental de la bahía. Es poblacion de unos quince mil habitantes entre judios, negros, moros, berberiscos y cristianos, siendo el mayor número moros y judíos. Las calles, como las de todas las ciudades moriscas, son estrechas y sucias, y carecen de empedrado; las casas no muy buenas y muchas arruinadas; sin embargo, se distinguen por las comodidades que ofrecen algunas de los cónsules europeos y otras de los moros ricos. Son tambien notables, la gran mezquita, el pequeño puerto, que á poca costa se podria hacer muy seguro, y los jardines y casas de campo que á las inmediaciones tienen los residentes europeos y que han convertido los alrededores en un verjel. La faja de jardines, huertas y viñedos que

VISTA DE TANGER.

rodea la ciudad hace su morada agradable y ofrece un aspecto delicioso. Sin embargo, alguna vez estos amenos sitios se ven destruidos por inmensas nubes de langosta que ya en ocasiones han dejado yermo el país y ocasionado pestes terribles gracias á la incuria de los musulmanes. El comercio de esta ciudad al principio escaso, hoy tiene alguna importancia, sobre todo en carnes, cueros, cereales, fajas de seda, babuchas, gorros procedentes de Fez y otros objetos.

Tánger es la residencia de los agentes europeos; que solo en circunstancias muy estraordinarias son admitidos á la presencia del emperador. Este reside generalmente treinta y seis leguas al interior en Fez, Marruecos y Mequinez y tiene en Tánger un ministro (el ketib) que se entiende con los representantes de las naciones estranjeras. La estancia de estos, las comunicaciones con el esterior y el trato con los europeos han dulcificado las costumbres de los habitantes de Tánger que son generalmente afables, tolerantes y pacíficos. Esta ciudad debe su grande importancia mas que á otra cosa á su escelente posicion en frente de Tarifa y á la otra punta del Estrecho. Por eso desde hace muchos años la Inglaterra poseedora de Gibraltar, ha procurado mantener en ella agentes que le han asegurado una omnímoda influencia. El consul inglés actual, que sucedió á su padre en el mismo destino, hace cuarenta años que reside en el país; y conocedor de la lengua y de las costumbres de sus naturales, ha podido prestar á los intereses de Inglaterra grandes servicios.

LAS CACERIAS EN LA ARGELIA.

EL LEON.—LA PANTERA.—LA HIENA.—EL JAVALI.—EL CHACAL.—LA ZORRA.—EL CIERVO.—EL ANTILOPE.—LA GACELA.

I.

EL LEON.

Dos cosas me propongo al tomar la pluma.

Dar una idea exacta, aunque ligera, de cómo se practica en la Argelia la caza de ciertos animales, cuya mayor parte no se cria en Europa, y destruir algunos errores en que incurrieron célebres naturalistas al describirnos las costumbres de los cuadrúpedos de que hablaré; errores debidos sin duda á la falta de ocasion para estudiar detenidamente los animales que se propusieron darnos á conocer.

Con el trascurso del tiempo, viajeros infatigables y cazadores intrépidos al par que observadores, han podido adquirir noticias positivas, que rectifican y completan las que ya teníamos, tanto en lo concerniente á dichos animales, cuanto á los diferentes medios de que los indígenas se valen para cazarlos.

Como es natural, empezaremos por ocuparnos del leon, rey de los bosques y de las montañas, plaga calamitosa que los árabes miran con el mas profundo terror y de cuyos estragos no han bastado á librarlos ni su arrojo ni las cien astucias de que se han valido y se valen. Los *Uled-Melud*, los *Uled-Cesi* y los *Chegatma*, únicas tribus que realmente se aventuran en la caza del leon.

Este solo se cria en los climas cálidos, Africa, América é Indias; pero el mas valeroso de todos ellos, es indudablemente el leon africano, como de estos lo es el que habita en las llanuras y en los ardientes arenales de aquella parte del mundo.

Esta diferencia esencial de carácter entre el leon de la Argelia y los de otras regiones, lleva consigo otras no menos interesantes en sus hábitos y costumbres.

El leon, como es sabido, pertenece á la razá felina y podriamos llamarle el déspota de los bosques, porque no hay fiera alguna que ose disputarle el dominio de las selvas; ni el mismo hombre con su astucia y sus armas, logra triunfar siempre de él en los tan terribles como frecuentes combates que entre ellos se traban en la Argelia.

Todos los naturalistas se han ocupado del leon y están

acordes en sus instintos, en sus hábitos y costumbres, durante el dia; pero ninguno de ellos se ha tomado el trabajo de investigar de qué modo invierte el leon sus noches; cosa tanto mas estraña cuanto que durante ellas tienen lugar los principales dramas en que bien sangrienta parte toma el rey de los animales.

El leon, como ha dicho el naturalista Buffon en su tratado de los mamíferos-carniceros, pertenece á una raza, tal vez la única, que no degenera ni se confunde nunca con la del tigre, leopardo, onza etc. que son los mas parecidos á la de aquel.

Los mayores leones suelen tener hasta once piés castellanos, desde el hocico hasta el nacimiento de la cola. Esta suele ser de tres á cuatro piés de longitud. La altura del leon sucle llegar á cinco y medio y hasta seis piés.

La hembra es mucho mas pequeña que el macho. La melena y largo pelo que cubre toda la parte anterior del leon va creciendo á medida que aumenta en años. Su solo aspecto revela la supremacía que tiene entre todos los animales.

Su mirada es brillante y osada, su andar lento, majestuoso, el frunciemiento de la piel de su fisonomía, especialmente el de la ceja le presenta un tinte de ferocidad que impone. Ni es obeso ni prolongado en esceso; sus miembros y sus terribles garras, así como su robusta y poderosa musculatura, indican la irresistible fuerza de que está dotado. Es sólido, nervioso, ágil y fuerte hasta el estremo de que el movimiento de su cola, cuando se sacude los lomos con ella, basta á derribar un hombre. Sus prodigiosos saltos, no lo son solo por la vivacidad y destreza con que los repite, si no tambien por su impetuosidad.

Cuando está irritado agita su magnífica melena en todas direcciones.

El leon es exagerado en sus pasiones. La madre especialmente ama con un cariño tan entrañable á sus cachorros, que durante la infancia de estos es mas temible, feroz y audaz que el macho.

Buey, caballo, oveja, hombre, cualquiera cosa que sea lo que encuentre, lo acomete y da la muerte con su poderosa garra, despues de lo cual conduce la presa á su guarida y la distribuye entre sus hijos.

La carrera del leon, oblícua y á saltos desiguales, es tan violenta, que no puede detenerse de pronto.

Cuando acomete á un enemigo, cae sobre él de un solo y enorme salto; lo ase con las garras y generalmente lame la sangre, con su áspera lengua, armada por la naturaleza de duras puas, antes de despedazarlo con las uñas.

Buffon dice que cuando ve animales y hombres juntos, ataca siempre á aquellos. Los viajeros observadores de la Argelia, aseguran que esto es casual, que no es un distintivo de carácter del leon y que en tales casos elige su víctima al azar.

La reunion del macho con la hembra se efectúa en los últimos dias de enero ó en los primeros de febrero. Durante la denticion mueren muchos de los cachorros; en estos el número de las hembras es menor que el de los machos en un tercio. Esta es la causa de que algunas veces se vean á tres ó cuatro de estos siguiendo á una hembra, la cual concluye por llevarlos á las inmediaciones de algun leon, ya formado, que aspira desde luego á merecer los favores de la leona.

Los jóvenes pretendientes atacan al audaz; pero este degüella de un zarpazo al mas atrevido, hiere gravemente á otro y pone en fuga al tercero, quedando dueño del campo y de la leona.

El leon tiene dos especies de rugidos: el ordinario, compuesto de una docena de sonidos que empiezan por suspiros en un formidable *crescendo*, y terminan del mismo modo; y el segundo, mas breve, mas rotundo, y que lanza en los momentos de cólera.

El rugido de el leon se oye á tres leguas de distancia, siendo muy parecido al trueno en este caso.

Macho y hembra alternan al rugir, y lo hacen de cuarto en cuarto de hora, hasta llegar al sitio donde está la presa que intentan atacar.

El leon, cuando está solo, ruge tambien al amanecer, mas no siempre. A veces ataca en silencio.

Los árabes llaman *rad* el rugido del leon: *rad* significa *trueno*.

Hay en Africa leones negros, pardos y grises: los negros abundan menos y son mas pequeños, pero tambien mas temibles.

Cuando se disputan el amor de una leona, dos leones ya adultos, pardo y negro por ejemplo, reconstan aquella al pié de un árbol, si le hay; los dos adversarios se agachan y recogen sobre las patas traseras para dar mayor violencia á un terrible salto y se embisten. Asense en el aire, al encontrarse, con sus poderosas garras, caen al suelo y ruedan juntos algun tiempo, tal vez para no volver á levantarse. Los huesos crujen bajo la destructora quijada, las aceradas uñas cubren el campo de sangrientos despojos, y los rugidos, ora sordos, ora atronadores, revelan la cólera feroz de los combatientes.

La leona contempla con placer aquella lucha: acércase luego á ambos cadáveres, los olfatea y se aleja en busca, tal vez, de nuevo amante.

Al salir de su guarida la leona marcha siempre delante del leon, y es la que guia á este.

Cuando la leona conoce que está próxima á su alumbramiento, busca un matorral ó espesura impenetrable y aislado: cada cria se compone generalmente de dos hijos, aunque varían de uno á cuatro.

Los primeros dias despues del parto, la madre no se separa un solo instante de sus hijos y el padre provee á las necesidades de la familia. A los tres meses lo releva la hembra en este servicio.

El leon adulto es grave y huye de sus hijuelos, cuyos juegos le molestan. Generalmente busca una guarida inmediata á la de su familia para el caso de que esta necesitase de su auxilio.

Cuando los árabes quieren apoderarse de algun leoncillo jóven, vigilan la hora en que la madre abandona la guarida: seguros de no encontrar en ella al padre, envuelven á los cachorros en sus albornoces y los entregan á ginetes que huyen con ellos á todo escape. Algunas veces sale la madre al encuentro de los raptores, su rugido aterra á hombres y caballos, cae sobre ellos, elige una víctima, liberta á sus hijos y se aleja con ellos.

Estos, solo á los ocho meses de edad, empiezan á atacar á los carneros y á las cabras y alguna vez acometen tambien á los bueyes, pero son tan torpes, que de cada diez que hieren solo uno muere.

A los dos años degüellan á un buey, un caballo ó un camello de una sola dentellada; á los tres años abandonan á sus padres y se diseminan para aparearse. A esta edad, han adquirido ya toda su fuerza.

El leon negro es mas temido por los árabes que el pardo ó el gris.

A veces permanece treinta años en un mismo sitio.

El leon gris y el pardo solo se diferencian de color en el de la crin.

La existencia del leon se divide en dos partes muy distintas: el dia y la noche. Durante el dia se retira á los bosques, para dormir y digerir su alimento sin que el ruido le moleste.

Al oscurecer abandona su guarida para buscar alimento; siendo mucho mas temible por el gran destrozo que hace durante las largas noches del invierno.

Los árabes los cazan de diferentes modos. Empezaremos siguiendo al célebre cazador de leones Julio Gerard, por la *zubia* ó foso.

Los árabes colocan su aduar ó sea reunion de tiendas de campaña, cuyo número varía de diez á treinta alrededor de un gran foso ó cavidad hecha espresamente al objeto, y que ocupen el centro del círculo que forman las tiendas. El recinto esterior se forma para resguardo del aduar, con un vallado de dos ó tres metros de elevacion, formado con troncos y ramas de árboles. La *zubia* ó foso del centro, destinado para cazar al leon, tiene diez metros de profundidad y de cinco á seis de lado.

Otro vallado, concluido entre las tiendas y el esterior, sirve para encerrar el ganado al oscurecer.

El leon, que ha salido de su guarida buscando una presa con que saciar su apetito y el de su compañera, aspira en el aire las emanaciones del ganado, se aproxima al aduar y de un salto enorme cae en el centro para apoderarse de una víctima y de otro salto huir con ella.

Mas por medio de este ardid, el desdichado cae en el foso del centro, rugiendo de cólera; y vese insultado, mutilado, escarnecido, apedreado por una turba de chiquillos, mujeres y hombres, cuyos corazones helaba poco antes de espanto el solo rugido de su real cautivo.

En medio del infernal estrépito que en su alegría arman los árabes, vése á unos de estos haciendo dispasos al aire en señal de júbilo, otros degüellan carneros y las mujeres preparan el *cuzcuz* para el festin. Tambien encienden hogueras para avisar á los aduares vecinos el feliz resultado de su estratagema.

Al amanecer llegan los árabes de las inmediaciones con sus mujeres é hijos, y cuando todos han arrojado al poderoso y temido animal algunas piedras é imprecaciones, dispáranle los hombres sus fusiles, hasta darle muerte.

El arrogante animal, despues de haber recibido una docena de balas, sin vacilar ni inquietarse, se recuesta, levanta la cabeza, dirige una última mirada, severa, brillante, majestuosa á sus asesinos, y espira como ha vivido: rey, y señor absoluto de la comarca.

Otro medio es el llamado *melbeda*, que realmente significa *escondrijo*, y son de dos clases: unos subterráneos y otros sobre los árboles.

Los subterráneos, segun diferentes autores, se hacen del modo siguiente:

Cávase un agujero de tres á cuatro metros de ancho, y algo mas de uno de profundidad; despues de lo cual se cubre con troncos de árboles, gruesas piedras y tierra; pero dejando abiertas cuatro ó cinco aspilleras para los tiradores que quedan dentro del escondrijo. Sirve de entrada una abertura que se cierra con una enorme piedra que no pueda ser movida por el leon.

Estos escondrijos se construyen generalmente al borde de algunos de los senderos frecuentados por la fiera, y en cuyas inmediaciones colocan los árabes, como cebo, un jabalí muerto espresamente.

Cuando el leon, cuya proximidad ha sido anunciada por sus rugidos, se detiene para olfatear la presa, los árabes hacen fuego á la vez sobre el leon, que casi nunca queda muerto en el acto.

Lo general es que al recibir la granizada de balas, salta sobre el *melbeda* ó escondrijo, buscando á su invisible enemigo y sin sospechar que le tiene bajo sus piés.

El leon se oculta herido en el bosque mas inmediato; pero como al perseguirlo suele costar la vida á algunos árabes, acostumbran estos dejarle ir á morir ó á curarse de las heridas en los matorrales.

El escondrijo sobre los árboles se construye con ramas que ocultan á los alrededores. Elígese un árbol corpulento, de los mas elevados y próximos á la vereda, por donde suele pasar el leon.

Estas dos clases de escondrijos, segun Gerard, son fijos y uno de ellos suele servir á varias generaciones.

A veces, sin embargo, se ven precisados á construir á toda prisa un *melbeda*, para libertarse de algun huésped demasiado molesto.

En la provincia de Constantina se encuentran algunos aduares, cuyos moradores atacan al leon á cuerpo descubierto.

Estos árabes intrépidos pertenecen á las tribus de los Ulé-Melul, establecidos entre los Ha actah; los Uled-Cessi, de la tribu de los Seña y los Chegusata, que hace muchos años residen en el territorio de Ain-Beida.

La manera con que se conducen estos para vencer al rey de los bosques, es mucho menos digna, como se verá, que la que usan las otras dos fracciones.

Tan luego como aparece algun leon, ya sea que venga á establecerse en el territorio, ya que vaya de paso para otras comarcas, corre la noticia de aduar en aduar, y se reunen á una hora dada y en lugar convenido todos los hombres en estado de hacer uso del fusil.

Los cincuenta ó sesenta árabes que se reunen generalmente alrededor de una hoguera encendida al pié de alguna montaña van armados cada uno con su fusil, pistola y yatagan.

Ya reunidos esperan la llegada de los hombres enviados á esplorar el bosque para adquirir noticias del enemigo que tratan de esterminar.

El regreso de los esploradores causa grande sensacion: todos quieren saber noticias y dirigen mil preguntas á la vez á los hombres que han visto la fiera, para saber cuál es su sexo y edad, su guarida y sus huellas

Entonces se retiran con algunos ancianos de blanca barba y tienen consejo, en el cual se dictan las medidas que juzgan mas convenientes para el logro de la arriesgada cuanto difícil empresa.

La decision tomada se ejecuta por todos y cada uno al pié de la letra y sin comentarios.

Cinco ó seis cazadores de los mas jóvenes se situan en las crestas de las montañas inmediatas para seguir todos los movimientos del leon desde el momento del ataque hasta el de su muerte; y se corresponden entre sí por un sencillísimo plan de señales, incomprensibles, sin embargo para los europeos.

El resto de la fuerza se pone en demanda de la fiera.

Cuando se encuentran á distancia de un tiro de fusil de la guarida donde creen que se halla, la rodean silenciosamente, porque como el leon está dotado de un oido muy fino, al menor rumor que oye, se levanta y marcha en aquella direccion.

Visto por alguno de los hombres que van de guerrilla, ase uno de los estremos de su albornoz y lo hace jirar delante de sí, lo cual significa: *le veo*.

Entonces sale del grupo y se adelanta uno de los cazadores mas esperimentados, y mueve uno de los paños de su albornoz de derecha á izquierda, en equivalencia de estas palabras: *¿dónde está? ¿qué hace?*

Si el descubierta recoge los dos paños del albornoz, los levanta á la altura de su cabeza, los deja caer, da algunos pasos adelante y repite la operacion, significa que *el leon está inmóvil á algunos pasos delante de ellos.*

Si por el contrario marcha á la derecha ó á la izquierda, agitando el albornoz en el mismo sentido, da á entender que el enemigo sigue á aquella direccion.

Pero cuando se vuelve de cara á los cazadores, agita su albornoz violentamente de alto abajo, y grita con todas sus fuerzas: *¡Au li kum!* (¡Cuidado, cuidado!) manifiesta que el leon sale al encuentro de sus perseguidores.

Estos, en tal caso, se forman en batalla, desplegados en una sola hilera, y si pueden se colocan alrededor de una roca para no ser atacados por la espalda.

Si alguno dejó de oir á tiempo el grito de alerta *Au li kum* y permanece separado de sus compañeros, el leon salta sobre él, y ya sea que huya, ya sea que aguarde á la fiera y la haga fuego, es inevitablemente hombre muerto.

El leon pasa gravemente por delante de los cazadores, articulando sordas amenazas á veinte y cinco ó treinta pasos de aquellos hombres, cuyos fusiles están apuntados contra él.

El sistema se reduce á oponer un fusil á cada uno de sus dientes y garras.

A una voz del mas antiguo, todos hacen fuego, arrojan los fusiles y se arman con las pistolas y el yatagan.

El leon es mas peligroso á medida que siente aproximarse su muerte.

(Se continuará)

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

LA CALAVERA DEL AHORCADO.

TRADICION GRANADINA.

Pocos serán de mis lectores los que si no han visitado á Granada, esa tierra querida de las flores y del amor, no hayan por lo menos leido algo de su rica historia, tan varia en accidentes y gloriosos hechos, como varios son los colores de su vega, chal morisco prendido en las torres de la Alhambra, al decir del trovador de nuestro siglo (1). Esa ciudad, voluptuosa odalisca en brazos de sus orientales señores, mal cubriendo despues sus ricas vestiduras de sultana con el severo manto de la fe católica, cristiana ó mora, va dejando tras sí una estela luminosa, que en la oscura noche de los tiempos, ofrece sus gratos resplandores á la imaginacion ardiente de los artistas y de los poetas.

No es su historia la historia de los demas pueblos, solemne y severa: la de Granada, va formándose de multitud de historias, que encierran cada una un recuerdo de amor, de gloria, de pasiones comprimidas, de celos exagerados, de amor patrio sin fruto, de rencores y de venganzas, pero que todas llevan como distintivo particular cierta grandeza, cierto encanto inesplicable que embelesa al espíritu al escuchar su relato: parece que todas esas leyendas que forman la gran leyenda de *su historia, fueron selladas en el misterioso anillo de* Salomon tan comun en las consejas orientales.

Así que en aquella tierra donde las madres aduermen á sus hijos al compás de algun monótono cantar, recuerdo histórico desfigurado por la poesía popular, á cada paso que demos, nos encontramos con una tradicion, mas ó menos interesante, mas ó menos poética, pero que siempre va enlazada con la historia de aquel pueblo, donde vivieron largo tiempo en difícil amalgama, vencidos y vencedores.

Muchos han sido los que han ido recogiendo esa riqueza popular de recuerdos y dándoles bellísimas formas, desde Wasington Irving, hasta nuestro compatricio el fecundo y siempre brillante Fernandez y Gonzalez; muchos los que como el avaro que llena doble á doble sus arcas, han ido anudando tradicion á tradicion hasta formar el rico tesoro de las leyendas granadinas. Pero como las flores y la poesía, los recuerdos y las tradiciones jamás concluyen en nuestra patria. Llena está de ellas *como fuente que rebosa y se derrama* (2), segun la espresion de los poetas, y así no es estraño que donde quiera las volvamos á encontrar, cuando pudiéramos creerlas agotadas.

Hacia ya muchos años que no escuchábamos el dulce y melancólico tañido de la *campana de la vela* al cerrar nuestros párpados el sueño.

Despues de largo tiempo hemos vuelto á la maga de nuestra infancia, y al respirar en sus estensos *callejones* el aire perfumado de la vega, parecíamos que venia lleno de vida y de placer.

Y es que el aire de Granada se aspira y se *saborea*, permítasenos la espresion; tan cargado va siempre de los aromas de sus flores y de sus frutos, que nos hace participar de su esencia.

Entramos por el Triunfo: esa magnífica plaza convertida hoy en un inmenso vergel, en uno de cuyos estremos se alza el suntuoso edificio destinado por la piedad de los conquistadores á asilo de dementes, y al otro la antigua puerta de Geb-Elvira encima de la que alza sus descantilados ángulos su hermana gemela la *monaita ó de la bandera* (3).

Las dos razas siempre en frente.

El recuerdo del árabe y el recuerdo de la cruz.

Un monumento de guerra, frente á un monumento de caridad.

Las dos civilizaciones dejando cada una la huella de su paso.

Dos religiones señalando su diferente espíritu.

La espada de Mahoma: la fraternidad de Cristo.....

Embebido iba nuestro espíritu en el placer sin nombre que esperimentamos al respirar despues de largos años las brisas que arrullaran nuestros sueños de niño, y no sentíamos el movimiento del carruaje, que en aquel momento entrando en las calles las hacia retumbar con ronco ruido.—Abstraidos completamente, queriendo evocar á un tiempo nuestra alma todos sus recuerdos, solo conseguia abismarse en un espacio, indefinible, vago, sin formas ni colores en fuerza de tenerlos todos, pero que en su misma vaguedad encerraba tan misterioso encanto que ni aun conciencia podia tenerse de su sentimiento.

De pronto sácanos de nuestro embebecimiento, la voz de un anciano que caminaba á nuestro lado, el cual dirigiéndose á un nietecito que le acompañaba, hermoso niño, con una cabeza de Murillo, le decia al pasar bajo el arco de de la puerta de Elvira.

—¿Ves esa capilla, hijo mio, que abierta en la muralla, está dedicada á Nuestra Señora de las Mercedes? Pues observa bien, y verás debajo de ella como á cuatro varas del suelo, esa ventanita cuadrada de poco mas de una cuarta de estension: mírala bien, porque ahí estaba la *calavera del ahorcado*.

Al escuchar la voz del anciano descendí del mundo de mis recuerdos, y mis ojos se fijaron involuntariamente en el punto de la pared á que se habia referido mi compañero. En efecto, bajo el gran nicho que formaba la capilla, noté una ventanita, ó mejor un marco de madera podrida, cubriendo los ángulos de un pequeño hueco, socavado en el muro.

El anciano continuó.

En ese espacio que parece una ventanilla, he visto que todavía se conservaba á principios del siglo un cráneo de madera, ocupando el lugar del verdadero que antiguamente existia. Parece que allá por los años de mil quinientos y tantos, apresaron á un pirata berberisco, y que habiéndole ahorcado en el triunfo, colocaron sus restos para escarmiento en diferentes parajes, siendo la cabeza la que pusieron en ese sitio y en una escarpia, como punto mas concurrido, á causa de ser la principal entrada de la ciudad. Posteriormente, y habiendo quedado sola la calavera, la escarpia desapareció, y aquella fue incrustada en la pared en el sitio que te he señalado, donde, y para perpetuar el horror de su memoria, se la sustituyó la de madera, cuando se perdió el cráneo verdadero. Ya ves, hijo mio, qué triste fin espera á los malvados.

El chico durante la relacion del anciano habia ido acercándose á su abuelo, pintándose en su hermoso semblante las crecientes señales del miedo.

Calló el viejo despues de la moral aplicacion de su historia, pero despues de una corta pausa continuó.

—¿Parece que te ha impresionado lo que acabo de decirte? pues mayor será tu sorpresa cuando sepas, que esa calavera, habló allá en tiempos del señor rey don Felipe II.

La palidez del chico aumentó de una manera estraordinaria; separóse de su abuelo y vino á replegarse en el rincon del coche, para no ver ni aun la muralla, que por la posicion que ocupaba, heria sus ojos, mientras la diligencia adelantaba por la calle de Elvira.

—¿Qué es eso?—Continuó implacable el anciano?—¿Te causa espanto, eh? Pues yo te contaré cómo sucedió, segun lo oí referir á mis padres, y verás qué historia tan peregrina, y cómo ella te enseña, que Dios por los medios al parecer mas incomprensibles, ayuda siempre á los que defienden su santo nombre.

Y *terminando de este modo á manera de plática su* exordio, comenzó á contar la tradicion de *la calavera del ahorcado*.

El chico entre tanto en su creciente miedo parecia trataba de resolver el problema de la impenetrabilidad de los cuerpos apretándose contra el rincon del coche, el anciano impasible continuaba su historia, complaciéndose al ver la atencion con que le oia, y la diligencia marchaba entre tanto á buscar en la antigua *Puerta real* el ansiado parador.

Mas tarde volví á escuchar en boca de otras personas, la tradicion que por primera vez oí al anciano de la diligencia, y que enlazada con los recuerdos históricos de la época, te presento en estas líneas, benévolo lector.

I.

Corria el año de gracia de 1568, y Granada que aun no hacia un siglo habia visto arrancar de sus almenas la media luna muslímica trocándola por la cruz cristiana, era un volcan en los momentos anteriores á su erupcion.

Pasaron los tiempos en que el venerable Hernando de Talavera, *secundando dignamente la conciliadora política* de la mujer mas grande que ha ceñido diadema, procuraba realizar la completa fusion del pueblo vencido en el vencedor, por medio de la dulzura, la persuasion y la caridad. Muerta la reina, tachado el digno arzobispo de lento y poco celoso por la completa conversion, llevábase á cabo el *pensamiento de la unidad religiosa*, del modo fuerte y severo que la inició el cardenal Cisneros, y la pragmática de mayo de 1566, vino á ser el complemento de los bautizos en aspersion general con el hisopo, y la quema de los libros árabes en 1499 (4).

Ya habian tenido lugar diferentes alborotos promovidos por el inusitado rigor con que eran tratados los musulmanes, y la órden dada en tiempo de doña Juana para que todos los moriscos de ambos sexos dejasen el traje propio y vistiesen á la usanza castellana, habria llevado la exaltacion de los ánimos hasta la rebelion, si no hubiera dejado de ejecutarse este mandato á repetidas instancias de los moros principales.

Pero no habian terminado ni podian terminar los padecimientos de la raza vencida. El pensamiento de la unidad monárquica y religiosa habia de realizarse, y como si no hubiera sido suficiente á llevarlo á cabo la política seguida desde el cardenal hasta Cárlo V, el trono de España vino á recaer en el monarca que mas acarició esta idea, y que mas hizo por conseguirla. Así que los moriscos en tiempo de Felipe II, se vieron privados de sus criados negros, del uso de sus armas, y hasta del derecho de asilo tan respetado siempre.—Los impuestos cada vez mayores, la soldadesca encargada en su recaudacion cada vez mas atrevida, tantos sufrimientos reunidos llegaron á irritar de tal modo el ánimo de los musulmanes, que muchos de ellos abandonando sus casas y labores que apenas les producian para cubrir los impuestos, se lanzaron á las montañas á robar y matar, y al abrigo de los terrenos quebrados de Guadix, Baza y Almería, formaron las bandas de los llamados *monfis* que en breve tanto dieron que hacer á las huestes del conde de Tendilla, de don Alonso de Aguilar, y mas tarde á las del futuro vencedor de Lepanto.

La señal estaba dada: la rebelion era inminente: la necesidad de medios para contrarestarla, cada vez mas precisa, cuando, como si se tratase de precipitar los acontecimientos, se acuerda en junta general celebrada en Madrid, en la que entre otros deliberaron el duque de Alba, y el licenciado don Pedro Deza, del consejo de la Inquisicion, que se llevasen á cabo las mas severas disposiciones contra los moriscos, y que dejasen en breve término el traje, lengua y costumbres de sus mayores. La ejecucion de la pragmática es confiada á don Pedro Deza, á quien se nombra presidente de Chancillería con dicho objeto, y en breve los baños árabes fueron destruidos, en agravio indisculpable del arte, y como principio de las vejaciones que á la raza morisca esperaban.

En vano los principales individuos de ella recurren á Jorge de Baeza, su procurador general: en vano don Juan Enriquez, el de Baza, se traslada á la córte en union de otros moriscos respetables y espone ante el trono las razones de su defensa: en vano el mismo marqués de Mondejar, prudente siempre, trabajó cerca del rey para que se suspendiese la ejecucion de la pragmática, como un acto de justica y un medio de contener la esplosion que amenazaba: todo inútil: el tiempo avanzaba con su inflexible paso, y llegaba la época en que las mujeres habian de dejar las ropas de su usanza, los hombres sus armas, y todos su idioma y sus costumbres, sin que los moriscos pudiesen vislumbrar ni el mas remoto rayo de esperanza.

Entonces se verificó lo que era de esperar. A la súplica sucedió la indignacion, y á la indignacion la voluntad *firme y resuelta de sacudir el yugo castellano*. Las conspiraciones fueron verdaderos planes de campaña; y aunque sin poder designar las tramas de los rebeldes, la ciudad vivia inquieta con el presentimiento de una guerra cruel que debia estallar á cada momento en su recinto.

Granada presentaba en aquellos dias el espectáculo de una ciudad que se apresta á la defensa. Veíanse los talleres abandonados, ó en los que se notaba la agitacion del trabajo, los arcabuces de los menestrales en el rincon mas cerca al alcance de su mano: las calles incesantemente vigiladas por los tercios del marqués de Mondejar y de su hijo el conde de Tendilla: en todas las puertas, puestos avanzados y guardias numerosas; y hasta los frailes preparaban sus conventos para la defensa, armando sus legos y mozos dependientes de la fábrica. La rebelion se temia de un momento á otro aunque sin dato cierto que pudiese determinar los planes de los conjurados: solo se sabia que los moriscos rehusaban ir á sus tareas diarias, que insultaban á los dependientes y ministros de justicia, y la jactancia con que publicaban que antes del 31 de diciembre, término de la pragmática *habria mundo nuevo*.

Tal era el estado de Granada, los últimos dias del año de gracia 1568.

II.

Oscura y fria se presentaba la noche del 20 de diciembre, y *apenas podian divisar los centinelas de la* puerta de Elvira á tres pasos de distancia al que con tal tiempo pasase por su cuerpo de guardia; sin embargo de que no serian muchos los que osaren transitar por aquel sitio, teniendo que ver bajo el farol de la capilla de la virgen *la Calavera del ahorcado*. Ya hacia muchos años que allí estaba colocada, recuerdo terrible de la justicia humana en castigo de las correrías del pirata berberisco Benajuar, y sin embargo nunca habia escitado los temores supersticiosos de que hacia pocos dias era objeto.

A la verdad para imaginaciones meridionales, nutridas con la lectura y los cuentos fantásticos de aquella época, el paso por entre dos arcos que une un lienzo de muralla donde la devocion abrió una capilla, y á la indecisa luz de una lámpara espirante ver asomadas por un hueco las angulosas formas de una amarilla calavera, la profunda cavidad de sus ojos reflejando de vez en cuando algun rayo de luz, como el brillo de una pupila sobrenatural, los desiguales dientes descubriendo sus raices como asquerosos gusanos, era espectáculo poco á propósito para despertar la confianza de los habitantes de la ciudad, que apenas ocultaba el sol su disco de fue-

(1) Zorrilla en la introduccion al poema oriental «Granada» dice.

Granada, tú el santuario de la española gloria;
tu sierra es blanca tienda que pabellon te da:
tus muros son el cerco de un gran jarron de flores,
tu vega chal morisco bordado de colores
tus torres, son palmeras en que prendido está.

(2) Inscripcion árabe de la fuente del patio de los leones, á que da este nombre.

(3) Llamábase así porque en ella se alzaba el pendon de guerra.

(4) A pesar del rigorismo con que procedió Cisneros en esta ocasion, y que demuestra lo inflexible de su carácter para llevar á cabo el pensamiento por que se decidia, y sin embargo del exagerado espíritu religioso que le animaba, ó quizá del plan político de la unidad monárquica que con tanto trabajo habia comenzado Isabel I, en este caso se le vió dar pruebas de su ilustracion nunca desmentida. Todos los libros que á su juicio podian contener noticias importantes de los adelantos hechos por los árabes en la medicina y ciencias naturales y exactas, fueron reservadas de la destruccion general y remitidos por el celoso político, á la biblioteca de su villa favorita Alcalá de Henares.

GUERRA DE AFRICA.—BATALLON DE TIRADORES OBREROS.

go, dejaban de cruzar por la puerta de Elvira. Quedaban por lo general solos los soldados, que pasaban la noche al abrigo de enormes hogueras, y con las mechas encendidas, apercibidos para el menor accidente.

La campana de la vela acababa de sonar sus treinta y dos campanadas de queda.

La ciudad parecia dormida: solo se escuchaban los gritos de alerta de los centinelas, y el crugir de las armas de los castellanos recorriendo las calles en todas direcciones.

En la puerta de Elvira y entre el primero y el segundo arco debajo de la imágen de la vírgen, y alrededor de una hoguera, que alimentaban restos de bien labrados aleros árabes de las destruidas casas de baños, los soldados del *cuarto de la media noche* pasaban su tiempo procurando neutralizar el intenso frio, que el viento glacial del Norte les llevaba, impregnado en las nieves de la sierra.

Dormitaban unos y murmuraban otros de lo rigoroso de la estacion, mientras un veterano, soldado valiente de los invencibles tercios del emperador, con el arcabuz tendido dirigia incesantemente su mirada por la calle de Elvira.

—Despierto y vigilante estais en demasía, amigo Nuño: no os parece suficiente con cubrir vuestras horas de centinela, y como sino estuviese el bueno de Orduño en el sitio hácia donde mirais, teneis toda vuestra atencion fija en lo mas lejano de la calle—dijo al veterano un soldado visoño, cuyo rostro empezaba á sembrar una ligera barba negra.

Nuño, tú eres muy jóven—contestó el interpelado—y tus oidos están poco avezados á oir las pisadas del enemigo que se emboscan: caliéntate y no sueltes el arcabuz, porque en Dios y en mi ánima, que pienso vamos á tener que habérnoslas con esos perros descreidos de las cabezas peladas.

—Pero ¿veis algo que pueda alarmarnos?

—No: yo no veo nada: absolutamente nada: pero los sabuesos de la guerra como los sabuesos de la caza, adivinan mejor su presa con el oido que con la vista.

—¡Pues no sé qué podais escuchar! La noche está silenciosa y sombría como un cementerio, y no se oye otra cosa que el quejido de ese buho que toda la noche me está molestando, y que á juzgar por el sitio de donde viene debe tener su nido en la torre vecina de la bandera.

—Te molesta el buho ¿eh? Pues á mí tampoco me hace maldita la gracia, pero no por su mas ó menos apacible eco, sino porque mucho me temo no sea la voz disfrazada de un *muezin*, convocando á esos perros para algun conciliábulo nocturno.

—Suspicaz sois mi valiente amigo,—dijo un tercero.—Seré cuanto querais; pero juraria que á favor de la oscuridad, he sentido deslizarse por la próxima callejuela, golpe de gente, que con lentitud y á la deshilada, ha estado pasando hace mas de dos horas.

Se concluirá en el próximo número.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Las operaciones de la guerra van á comenzar muy en breve, habiendo salido ya de esta capital y puéstose al frente de las tropas el general en jefe conde de Lucena. El entusiasmo popular por la guerra sigue en aumento: El conde de Lucena fue saludado en Sevilla con aclamaciones entre las cuales se oyó una voz que dijo: *¡Viva el duque de Tánger!* En Jerez, al subir en el coche del ferro-carril que debia conducirle á Cádiz, salió otra voz de entre el pueblo diciendo: *¡A la vuelta nos veremos!* prueba sin duda de la confianza que se tiene en los triunfos gloriosos y permanentes de las armas españolas.

Entre tanto en Madrid se han publicado las comunicaciones diplomáticas que ha dirigido el gobierno español á sus representantes en el estranjero esplicando sus intenciones, y las notas que han mediado entre el cónsul español en Tánger y el ministro marroquí y entre el señor Calderon Collantes, ministro de Estado, y Mr. Andrés Buchanan, enviado de Inglaterra. Tambien se ha publicado una circular del señor Posada Herrera, ministro de la Gobernacion, recordando las prescripciones legales que pueden aplicarse al caso de guerra en materia de noticias y consideraciones capaces de dañar la causa del país ó enervar la accion del gobierno. Aun cuando esta circular no nos impidiese comentar las notas y documentos publicados, la índole de nuestro periódico nos vedaria entrar en consideraciones políticas. Diremos, pues, solamente que las dos memorias del gobierno español manifiestan los motivos que le impulsan á llevar la guerra á Marruecos, y dan la seguridad: 1.° De que no se trata de conquistar territorios; 2.° De que la España no ocupará permanentemente ningun punto que pueda darle una superioridad peligrosa para la navegacion del Mediterráneo. En cuanto á las notas entre el ketib marroquí y el señor Blanco del Valle, nuestro cónsul, se refieren á la reparacion pedida, de la cual tienen ya noticia nuestros lectores: y por último, las que han mediado entre el ministro de Estado español y enviado inglés, versan sobre las declaraciones pedidas por el gabinete británico y dadas por el señor Collantes acerca de esa superioridad peligrosa que los ingleses temen que adquiramos en perjuicio de Gibraltar, que parece no constituye superioridad peligrosa en el Mediterráneo.

Nada mas podemos hoy decir sobre este punto. Los donativos patrióticos continúan, y en todas partes los individuos y las corporaciones se apresuran espontaneamente á ofrecer recursos para la guerra.

Un descubrimiento arqueológico ha señalado la quincena, hecho por los cuidados del señor Cruzada Villamil. En la iglesia de San Justo y Pastor de Toledo, se ha hallado el retrato del arquitecto que construyó el famoso edificio de San Juan de los Reyes. Sobre este descubrimiento daremos en un próximo número noticia especial mas estensa. Por el ministerio de Fomento se han dado las gracias al señor Cruzada, disponiendo se le reintegre de los gastos hechos.

Háblase de un famoso prestidigitador, que segun las cartas de Lisboa, donde se halla, ha dejado asombrados al rey, á los cortesanos y á los habitantes de aquella capital con sus diabólicos juegos é invenciones. Llámase Hermann, y si hemos de creer lo que de él se refiere, convierte en naranjas los bolsillos del rey, y lo que es mas sorprendente aun, las naranjas en bolsillos: recibe á boca de jarro un tiro de una pistola cargada con seis balas sin que le resulte el menor daño, y compone á balazos los espejos rotos, dejándolos como nuevos.

El arte de recibir tiros en el pecho sin riesgo es muy importante ahora que estamos en guerra, y no seria malo que el señor Hermann tuviese á bien comunicárnoslo. Quizá consistirá el secreto en alguna reliquia, imágen ó medalla milagrosa que lleve escondida el bueno del prestidigitador: quizá como Aquiles no puede ser herido sino en el talon: ó tal vez lleva una buena cota de malla de gran resistencia, como dicen que llevaba el emperador negro Faustino Soulouque en la última revolucion de Haiti. De todos modos dicen que vendrá á Madrid despues de haber dado algunas funciones en Oporto.

Si hasta ahora no se ha descubierto (como no lo tenga el señor Hermann) el arte de la invulnerabilidad, por lo menos parece que hemos llegado á obtener la pronta y eficaz curacion de todas las heridas, aun las mortales por medio de un bálsamo prodigioso. Todo el mundo creia que la leyenda del bálsamo de Fierabrás, con el cual el buen paladin Oliveros, el mejor de los doce pares, logró sanar inmediatamente sus heridas y poder entrar de nuevo en combate, era una imposible quimera: pues bien, hoy se han hecho ya pruebas que no dejan duda de que existe el medio de curar heridas como por ensalmo, ó hablando mas católicamente, como por mano de santo. Un químico español ha inventado un bálsamo que aplicado el otro dia á un burro, al cual préviamente se le habia atravesado el cuello de un balazo, le hizo rebuznar de gusto y comer al poco tiempo; y echado despues en la herida de un gallo, al cual se habia metido un cuchillo por la sesera, le puso en un decir Jesús tan alegre, que se levantó cantando las tres ánades madre. La administracion militar dicen que ha querido que se le entregue el bálsamo para hacerlo examinar y disponer la compra del necesario, pero el inventor, que se presta á todas las pruebas que se quieren hacer con su remedio, desea guardar su secreto sin duda hasta obtener la merecida recompensa. Si lo que hemos oido hablar sobre el asunto es cierto, merece tomarse en consideracion el invento.

En el teatro de Oriente dicen que ya no hay un billete para la primera representacion de *Los Hugonotes*, en que ha de volver á salir la Grissi. Por consiguiente, los que no hayan tomado ya billete pueden escusarse la molestia de buscarlo. Dicen tambien que se van á efectuar grandes mejoras en la compañía: la verdad en su lugar.

Novedades ha puesto en escena el drama *Don Pedro I de Castilla*, original de don Pedro Antonio Iglesias. Este drama es de bastante mérito, aunque creemos que de los cuatro actos podria haberse suprimido el uno dejando la accion reducida á tres. El público le aplaudió y la primera noche llamó al autor á las tablas. *Don Pedro I* tiene situaciones interesantes, caracteres bien sostenidos, diálogo animado: los dos primeros actos son escelentes.

En el teatro de la calle de Jovellanos se ha representado *Il ritorno di Columella*, ópera bufa traducida al español. El libreto está bastante bien arreglado á nuestra escena: y la música, del maestro Fioravanti, agrada mucho al público. La ejecucion por parte de Salas perfecta: la Santa María y Landa cantaron sus respectivos papeles bien.

El Príncipe nos ha dado una comedia en tres actos del señor Navarrete, titulada: *La piel del leon*. Esta comedia ha vivido solo una noche. En Lope de Vega *La Bolsa y el bolsillo*, arreglo del señor García de la Huerta, ha tenido mejor éxito: su argumento es sencillo y marcha con desembarazo. La Berrobianco adelanta notablemente. El juguete cómico *La Playa de Algeciras*, original del señor Sobrado, tiene el mérito de la oportunidad y de algunos graciosos chistes.

La mejor produccion de las representadas en la quincena es la *Campana de la Almudaina*, drama del señor Val, de grandísimo efecto y de situaciones interesantísimas. El interés de este drama no decae en toda la representacion y ha logrado llenar durante varias noches los asientos, antes no muy concurridos del Circo. En el desempeño sobresalió la Teodora.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1859.